

ASIA y Africa avanzan. El resonar de millones de pies descalzos que chapotean en las ciénagas, se deslizan sobre las arenas, trepan por las rocas empinadas, se hunden en las hojas desprendidas que alfombran los caminos de la selva y arriban a las playas para enfrentarse temerariamente al mar que los separa de Europa, empieza a oírse, como un trueno lejano, por todos los invitados a la fiesta. Son los pies encallecidos de unos hombres que marchan en busca de su última oportunidad. En su largo y difícil caminar les anima una fiel amiga que los acompaña desde el día en que nacieron: el hambre. Son los menos desheredados de los 3.000 millones de hambrientos que pueblan la Tierra. El viento les ha llevado la noticia de que en un mundo lejano y distinto pueden saciar su hambre y están dispuestos a jugarse una vida que vale tan poco, por llegar a ese mundo.

No todos pueden intentarlo, solo un escaso tanto por ciento, ya que el 50% de los nacidos muere antes de cumplir cinco años, otro elevado porcentaje nunca llega a tener noticia de que existe un mundo en el que comer todos los días es una práctica común, otros carecen del coraje necesario para emprender tan incierta y penosa aventura, y muchos tienen coraje pero carecen hasta del más mínimo recurso material.

-¿Sabéis que muchos africanos mueren a causa de una infección que, en su origen, podía haber sido resuelta con una pincelada de mercromina?-. Si lo intentaran todos y lo consiguieran solo la mitad, Europa se vería anegada por una marea de seres famélicos que oleada tras oleada caerían sobre el continente hasta arrasarlo.

Los vientos de guerra que engendraba la tensión Este-Oeste parece que amainan, pero donde antes se alzaba el fantasma de la guerra se alza ahora el del hambre, el otro jinete que, al igual que la guerra, jamás, en la historia de la Humanidad, ha dejado de cabalgar. Es más lento que su compañero de galopada, pero igualmente perseverante y tenaz. Los pueblos del Este de Europa también están hambrientos pero no con la hambruna secular de casi toda Africa y gran parte de Asia. El hambre de los países del Este es un hambre civilizada, un hambre de comer todos los días me-

El tercer sello (Ap. 6-5)

DANIEL SANESTEBAN

nos de lo necesario, pero comer algo. El hambre de Africa hambrienta es un hambre de plaga bíblica.

Tres acontecimientos han marcado la Europa del Siglo XX y han cambiado su fisonomía: la Primera Guerra Mundial con su secuela del nacimiento y expansión del marxismo, la Segunda Guerra Mundial y la subsiguiente división del Mundo en dos bloques antagónicos bien definidos y, por último, el estrepitoso derrumbamiento de todos los muros -materiales y espirituales- que el marxismo había alzado y la consiguiente disgregación del monolítico imperio soviético. Este tercer acontecimiento ha sido el más imprevisto y ha puesto a prueba la capacidad de reacción de Europa y del Mundo; como contrapartida ha tenido la ventaja de que ha sido -hasta el momento- el menos cruento de los tres. Se ha derramado sangre pero el exterminio y la destrucción no han alcanzado las cotas de las guerras citadas y debemos esperar que no lo hagan.

Las naciones con gran capacidad de reacción -Alemania, Francia, Inglaterra- se han adaptado rápidamente al nuevo orden, han comprendido lo que significa el cambio y en función de él han modificado sus estructuras económicas, diplomáticas, militares y políticas. Ciñéndonos al terreno de lo militar no han pensado en una reducción de los presupuestos de Defensa, más bien al contrario, pues saben que alguien tiene que ocupar el vacío que dejan los americanos al volver a casa y que los nuevos líderes de Europa tienen que ser fuertes. Todos los partos son cruentos pero es posible que gracias a estas naciones, actuando dentro del ámbito de la Organización de las Naciones Unidas, el nacimiento de la nueva Europa no lo sea en exceso pues ellas se-

an capaces de limitar la extensión de los conflictos actuales y futuros y de neutralizar el espectro de una guerra de gran extensión.

Queda el otro espectro: el hambre. La Asociación Pro Derechos Humanos calcula en veinte millones el número de personas procedentes del Este que tratarán de entrar en Europa en el año 92. Su asimilación supondrá, a corto plazo, un sacrificio para Europa pero los europeos serán capaces de aceptar y superar este reto porque reconocen, en estos peregrinos, a sus hermanos, de los que, en veinte siglos, solo han estado separados setenta y cuatro años escasos. Serán veinte millones de desvalidos que no se distinguirán demasiado del resto de los desvalidos de Europa. Su piel será blanca, sus pies estarán acostumbrados a ir calzados, el pan será un alimento familiar -aunque a veces escaso para algunos-, vestirán pantalones y camisa, habrán visto catedrales y palacios y el silbido del tren o la bocina de un automóvil no les producirá un sobresalto, la mayor parte de ellos sabrán usar un teléfono y entre ellos habrá ingenieros, médicos, cultivadores de patatas, maquinistas de tren o criadores de cerdos. Y desde el instante de su nacimiento, y aún antes, han formado parte de ese gran grupo humano cuyas pautas de comportamiento están determinadas por las normas de la civilización cristiana-occidental.

Pero el hombre asiático y africano es un hombre distinto, esencialmente distinto. No por el color de su piel que es un simple accidente sino por lo que realmente define a una persona: su ética, sus creencias, sus pautas de comportamiento, sus tradiciones, sus costumbres. Europa es cartesiana, racionalista; Africa es mágica e instintiva. Somos distintos porque pensamos distinto, sentimos distinto, queremos distinto. Ya sé que no todos los que formamos parte del bloque cristiano-occidental, pensamos, sentimos y queremos lo mismo, pero todos tenemos los mismos ejes de coordenadas, podemos estar distantes unos de otros pero siempre en el mismo plano. Un bantú o un pigmeo están en otro plano: lo que para nosotros es una virtud puede ser un vicio para ellos, lo que nos parece fealdad es para ellos belleza, su concepto de la lealtad, de la honradez, de la justicia, del

amor, difieren tanto de los nuestros que, a veces son opuestos, y lo que para ellos es sagrado nos parece, con frecuencia, diabólico.

Pero no son los pigmeos los que deben, de momento, preocuparnos, no son los absolutamente desheredados los que pueden inquietar a Europa, éstos son incapaces de ponerse en marcha. Son los otros, los que sobreviven con raciones escasas, los que contemplan a sus mujeres convertidas en viejas decrepitas a la edad en que las mujeres blancas todavía son madres, los que saben que su expectativa de vida es muy corta si no son capaces de emprender otro camino, pero que reciben noticias, que oyen la radio y ven la televisión -aunque sea colectiva-, que han viajado en tren o en autobús, que en sus propios países han podido apreciar el contraste entre la atroz miseria de casi todos y la provocadora opulencia de unos pocos y que todavía conservan cierto impulso vital que no les permite resignarse a aceptar el trágico papel que les ha tocado en suerte -mejor estaría decir en desgracia-, éstos, los menos desheredados de esta tropa de famélicos sin futuro, serán los nuevos invasores de Europa. De hecho ya lo son. Llegan en pequeñas oleadas, con su miseria a cuestas, dispuestos a encargarse de los trabajos más rudos y a aceptar las remuneraciones más bajas, sin ningún tipo de protección oficial, sufridos y humildes van incrustándose lentamente en las capas más bajas del tejido social intentando borrar el marchamo de "ilegales" con el que muchos están marcados y que es una amenaza latente de ser devueltos al submundo de donde proceden. No hablo de los delincuentes -camellos, proxenetas, navajeros, que encuentran su caldo de cultivo en las grandes ciudades y que debieran ser juzgados y condenados cualquiera que sea el color de su piel- hablo de los que trabajan bajo el plástico, en el ambiente sofocante y húmedo de los invernaderos, cultivando claveles o tomates tempranos y de los que cambian el ardiente sol africano por la oscuridad de la mina, de todos los que, con sus manos como único capital, intentan desesperadamente encontrar un hueco en el que depositar sus ilusiones, iniciar una nueva vida,

crear una familia o traerse la que quedó allá abajo soñando con el gran viaje, la marcha hacia el futuro.

Esta corriente migratoria ya no cesará. Algunos hombres de buena fe han propuesto una solución que sería buena si fuera realizable: invertir en Africa, que el capital vaya hacia la mano de obra y no sea ésta la que emigre en busca de un puesto de trabajo y un salario. Esta solución es moralmente buena pero económicamente inviable. El capital, la empresa, busca siempre el beneficio, la alta rentabilidad, la mano de obra especializada, una infraestructura adecuada, la garantía de una aceptable calidad de vida para el personal que debe desplazarse, que las vidas y el dinero no corran excesivos riesgos, y en Africa nada de esto existe. Será difícil que el capital se dirija hacia estos países tan pobres e inestables y nada será capaz de impedir el éxodo de

los



hambrientos hacia el pan.

Por otra parte, la natalidad en los países del Tercer Mundo es expansiva mientras que en Europa es regresiva. Ellos, los hambrientos, son cada vez más, y nosotros, los hartos, vamos siendo cada vez menos. La población de Europa envejece mientras que la de aquellos países se mantiene joven.

Es verdad que Africa está amenazada por el sida. Según un informe de la Organización Mundial de la Salud, ochenta millones (80.000.000) de africanos negros morirán a causa del sida en esta última década del siglo. Pero también el sida asola Europa, aunque la incidencia es menor y mayor la profilaxis. En cualquier caso es muy probable

que antes de iniciarse el nuevo siglo se haya descubierto un suero o una vacuna realmente eficaces y que una vez que puedan aplicarse masivamente, los africanos rellenarán fácilmente con nuevos nacimientos los huecos producidos en sus filas y la situación relativa volverá a ser la misma.

Si aceptamos que esta invasión ya se ha iniciado y que su ritmo será creciente parece lógico que Europa se prepare para soportarla puesto que no parece posible, ni justo, impedirlo. No sólo soportarla sino salir triunfante de esta prueba en beneficio de unos y de otros pues no cabe duda que, a pesar de sus múltiples errores, la superioridad de Europa sobre Africa es indudable. Hablando metafóricamente diremos que se trata de blanquear a los negros y no de que éstos ennegrezcan a los blancos. Pero no es un problema de piel -la piel negra es hermosa y en muchos casos de mejor calidad que la blanca- es un problema de mente. El hombre blanco debe abrirse paso a través de esa tierra enigmática, misteriosa y mágica donde hunde sus raíces la mente del hombre africano y, sin destruir lo positivo, plantar en ella la semilla de Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, San Agustín, Erasmo, Kant, Descartes, Zubiri, Miguel Angel, Beethoven, Velázquez, Homero, Cervantes, Shakespeare. Y la única palestra donde se puede ganar esa batalla son las aulas

Viéndolo de esta forma no parece racional el tratar de impedir que los niños negros, gitanos o de cualquier otra raza o color vayan a la escuela si viven entre nosotros. Es ahí donde tendrían que estar todo su tiempo si queremos que su mente sea blanca (utilizando este esquema simplista de los colores para entendernos). Delincuencia aparte, -que es un problema de orden público-, el único medio para asimilar a estos nuevos invasores es, después de darles de comer, sentarlos en el pupitre del colegio. Otro aspecto del problema es si tenemos pupitres para todos, incluidos los negros de piel blanca ■